

Paralelamente duran sobre la forma en que tal problemática puede o debe expresarse en el teatro. Y las palabras finales, "Colorín, colorado, esta historia recién empieza", deja abierta la puerta para la continuación de esta especie de autobiografía colectiva frente a las inquietudes que el grupo va desarrollando en sus espectáculos.

Los problemas planteados en el "Trineo" son más complejos, y más difíciles que la chispa juvenil del "Mundo de Fantasía". Y frente a temas más elaborados se requerían formas teatrales que también lo fueran. En este plano hay un marcado progreso, aunque el espectáculo esté menos redondeado que su antecesor. Hay un marcado progreso en diversos intérpretes sin que —afortunadamente— la mayor técnica haya disminuido la espontaneidad con que se despliega el grupo. La parodia sigue siendo uno de los puntos fuertes de Aleph, pero junto a ese elemento, en el fondo fácil, hay una imaginación y creatividad en el planteamiento de diversas escenas que antes no se daba.

La introducción tal vez sea lo más discutible; por ejemplo, en la comida de los empleados se nota que trabajan con una materia ajena a su experiencia y tienden a recurrir a algunos lugares comunes. Mucho mejor, en este plano, estuvo Ictus en un cuadro hasta cierto punto paralelo de "Cuestionemos la Cuestión". Pero el resto del espectáculo de Aleph cumple en gran parte con las esperanzas que se habían puesto en el grupo.

Hubo temores de que con las alabanzas, el despliegue de la prensa en torno al conjunto, y el "Premio de la Crítica", las inquietudes dieran lugar a cierto engruimiento, negativo para su desarrollo. Afortunadamente resultaron infundados.

H. E.

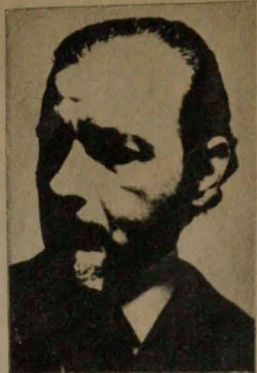
PLASTICA

Invitación al juego

EL NOMBRE no importa. Sea la "Nueva escultura chilena" o "La imagen del hombre", la exposición organizada por el Museo de Arte Contemporáneo tiene más defectos que virtudes. Su pecado principal: carece de finalidad.

La responsabilidad la comparten los artistas y el museo. Los primeros aceptaron la invitación, enviaron sus obras y olvidaron el asunto. El museo, por

Teatro para hoy y mañana



SERGIO VODANOVIC

LA AUSENCIA de un Ministerio de Cultura en nuestra estructura administrativa ha sido suplida, desde siempre, por las universidades y, en forma especial, por la Universidad de Chile. Ha sido la Universidad la que, en nuestro país, ha fomentado, promovido y difundido las actividades culturales con la que nos hemos nutrido espiritualmente.

En el campo del teatro, la Universidad ha prohiado una estructura singular que es privativa de nuestro país: conjuntos profesionales con el respaldo económico y cultural universitario. No es éste un hecho caprichoso.

Nuestros teatros universitarios nacieron hace treinta años, como una consecuencia del proceso de cambios desencadenado en el país por el Gobierno del Frente Popular. Con él ascendió al poder la clase media chilena con ideas reformistas y modernizadoras, las que, en el campo de lo teatral, se traducían en el deseo de poder integrarse a los procesos europeos y tener la posibilidad de conocer la producción de autores clásicos y modernos con la propiedad que allá se representaban. El teatro profesional de la época, diezmado por el auge del cine parlante, no podía dar satisfacción a esta apetencia, y fue así como la Universidad, actuando una vez más como virtual Ministerio de Cultura, encontró la respuesta a esta demanda en la creación de teatros profesionales bajo su dependencia. Fue una solución audaz y original que operó en forma decisiva en nuestro desarrollo cultural.

Pero han transcurrido treinta años. El país nuevamente vive un hondo proceso de cambios políticos y sociales, y una nueva clase, la de los trabajadores, inicia su ascensión al poder. Las estructuras de nuestro teatro profesional-universitario no parecen ser adecuadas a la nueva hora, porque, no obstante el afán extensionista últimamente desarrollado, nuestro teatro sólo está capacitado para servir a una minoría y, también, porque las obras representadas, en su fondo y su forma, sean de autores extranjeros o nacionales, aun aquellas que pretenden tener una significación política, tienen un contenido cultural alienante para las grandes masas.

Parecería que la tarea actual, consonante con un país entregado de lleno en construir un socialismo "a la chilena", sería la de abrir nuevos cauces para que el teatro fuera un efectivo medio de expresión popular; que debería propiciarse no sólo el aumento del número de espectadores, sino de los participantes en la actividad teatral; que debería experimentarse —y no copiarse la experimentación extranjera como hasta ahora se ha hecho— para encontrar una forma de hacer teatro que esté acorde con nuestra realidad social y política, con la falta de locales adecuados, con la necesidad de una participación más activa entre intérpretes y espectadores, con la búsqueda de un lenguaje teatral que corresponda a nuestra idiosincrasia. Es decir, la forma de hacer un teatro "a la chilena", correspondiendo así a la tarea de crear un socialismo adecuado a nuestras particulares características.

Y para esta tarea, una vez más se necesita la respuesta de la Universidad. El compromiso con la realidad chilena no puede ser un slogan de la Reforma. Es necesario en éste como en todos los otros campos una realizadora consecuencia.

Ya existe en Chile un teatro profesional desgajado del teatro universitario. La tarea consiste en crear un gran movimiento teatral popular y aficionado. Y, como siempre que la historia impone un desafío, ésta es una tarea de jóvenes, como jóvenes fueron hace treinta años Pedro de la Barra, Pedro Orthous o Pedro Mortheiru. Pero ahora... ¿Dónde están?